

SUSCRICION.

	Pesetas
Madrid....	Mes. 1 50
	Año. 17 50
	Trim. 6 »
Provincias....	Sem. 12 »
	Año. 22 50
	Trim. 8 50
Portugal....	Año. 32 50
Extranjero....	Trim. 15 »
Convenio postal....	Año. 55 »
VENTA.	
España....	30 números 1 peseta.
Portugal....	25 números 1 50 ptas.
Europa....	30 números 2 pesetas.
Convenio postal....	4 pesetas.
Ultramar....	30 números 4 pesetas.
Convenio postal....	4 pesetas.
Número del día, 5 cént.	



DIARIO ILUSTRADO  
POLÍTICO, CIENTÍFICO Y LITERARIO

SUSCRICION.

En las oficinas de El Globo, San Agustín, 2, Prado, 30, y en todas las librerías.

ANUNCIOS.

Españoles.—Se reciben en esta Administración.

Extranjeros.—En París, la Agencia Haras, y la Société Mutuelle de Publicité, rue de Sainte Anne, 51 bis; director, Mr. Lorette.

Remitidos.—Precios convencionales.

Toda la correspondencia se dirigirá al Administrador de El Globo.

AÑO XII.—TERCERA ÉPOCA.

Martes 16 de Febrero de 1886.

MADRID.—NÚM. 3.763.

LA REPÚBLICA EN FRANCIA. (1)

ARTÍCULO IV Y ÚLTIMO.

Lo más necesario en Francia es estabilidad ministerial; pero no inspira el ministerio nombrado una confianza grandísima en que pueda lograrse con él, y ahora, con quien más y cuando más verdaderamente se necesita. Los ministerios han menester así unidad en pensamientos y propósitos como unidad en acciones y fines. Un ministerio, compuesto de factores contradictorios y de facciones opuestas, no responderá de modo ninguno a estos conceptos fundamentales, en que debe forjarse, como en sus moldes, todo verdadero gobierno. Francia, cansada, y mucho, de las vaguedades anejas al radicalismo, precisa de una gran autoridad, que sepa tanto de donde viene como a donde va, y satisfaga por completo a esta necesidad suprema de su estado presente, al arreglo de su administración, de su hacienda. Francia necesita descartar las cuestiones candentes, como separación de la Iglesia y el Estado, como revisión constitucional, como impuesto sobre la renta, y consagrarse a las cuestiones de interés general para su industria, su agricultura, su comercio, los venenosos de una riqueza, en la cual han estirado siempre su fuerza y su poder. Este ministerio es, y permitase la frase, un ministerio inorgánico. Los partidos más opuestos han entrado en él, y con los partidos más opuestos se forma un gran poder legislativo, que ha menester de la contradicción; pero no puede formarse un poder ejecutivo, que ha menester de la unidad. M. Freycinet puede presidir por sus claros talentos y por sus múltiples facultades y por sus virtudes, tanto privadas como públicas, un gran gobierno; pero este superior estadista no se ha resuelto aún, tras tanto tiempo, ni por el partido conservador, ni por el partido radical dentro de la República presente, cual piden cada vez con mas vigoroso imperio las necesidades públicas. En su gobierno entran de un lado aquellos que pertenecen a la derecha del partido republicano como Sarrien y como Goblet, mientras de otro lado entran aquellos que pertenecen a la izquierda del partido republicano como Granet y como Lockroy. Se ha formado así pues un ministerio de Negocios, y bien puede asegurarse que para un ministerio de Negocios hay en él sobrados hombres políticos y todos ellos antes para el combate de las Cámaras que para el gobierno de la nación. Así todos los grupos le ofrecen su apoyo; pero a condición de que haga cuanto esos grupos quieran. Los oportunistas dicen ya como no tiene oportunidad ninguna su idea favorita, la separación de Iglesia y Estado, matrimonio medio civil, y medio religioso, ideado para mantener la paz de Francia. Pero los intransigentes quieren que se conozca en algo su presencia y su representación en el gobierno. Y para que pueda conocerse manifiesta cosa de suyo tan hueca hoy en Francia como la amnistía. Y es allí eso lo que llamamos el castellano clásico no-nada, porque no hay partidos en la proscripción o en la cárcel, necesitados por ninguna causa de tan supremo remedio. Los cuatro factores de motines en las calles, o de conjuraciones en los clubs, ni por su número, ni por su importancia, merecen esa medida universal de amnistía, solo conveniente y oportuna tras una guerra civil y una serie de revoluciones, muchas en número, y hondas por su acción y por su eficacia. Pero proponer amnistías en estas alturas de la República, tras cuatro motines sin ninguna importancia, cuando el ministerio promete indultar por medidas parciales y gracias personalísimas a todos cuantos hayan claudicado en los sucesos últimos, proponer amnistías parecemos pretensión, o tan baladí que no merece la pena de mentarse, o tan grave que aspira, no solo al perdón de los delincuentes, sino a la imposible apoteosis de su delito. Y cuando los ciudadanos gozan de todos los derechos alcanzados por los ciudadanos franceses, en su República parecería una demencia tan suicida la sublevarción, que no puede hallar excusa de ningún género ante la opinión particular de cada pueblo ni ante la conciencia universal.

Pocas veces hemos visto la opinión republicana en Francia tan recelosa, como en este instante, y es porque pocas veces han merecido, como en este instante, las vacilaciones de los gobiernos y las faltas de los estadistas la expiación terrible que castiga, y castigando, regenera verdaderamente, así a los individuos, como a las colectividades, en el mundo. Aquella increíble ausencia de programa consonante con el estado de la opinión, a que creyó de su deber el gobierno atenderse, y que trajo el caos electoral; aquellas innovaciones temerarias en el método y sistema de nombrar las Cámaras, que alzó a la superficie los muñidores políticos, huyendo sin motivo al influjo del campesino, tardando en su viaje hacia los ideales de progreso, pero seguro, ahora que se trata de conservar la República por su espíritu de conservación y por su culto a la estabilidad; los engañosos sofismas, cohesionando la concentración republicana, propia solamente para prestar al radicalismo fragoroso e inútil preponderancia en desfavor enorme con la suma de sus adeptos y con

el influjo de sus doctrinas; la renuncia de Brisson ante la Cámara, por creerla indignable, cuanto tanto se parecía, en lo incierto, y perpleja de suyo, al estadista, bajo cuya triste administración se verificarán las elecciones; ese Congreso, donde la República y su gobierno están pendientes de las voluntariedades ocurridas al jefe de los imperiales y al jefe de los intransigentes, unidos en proterva coalición de rencores y venganzas; ese gobierno, compuesto de todas las facciones, y por lo mismo, incapaz de pensamiento y de acción, cuyo gobierno, apenas venido al mundo, ya está herido bajo la suicida inteligencia de sus principales generales; esa tesis del perdón general, o amnistía, suscitada tan a deshora, y en la que, no tanto buscaban sus demagogos autores la suelta de pobres delincuentes, ya perdonados y libres por gracia especial, como la excusa imposible al crimen de las perturbaciones continuas, inexcusables allí donde las leyes imperan con toda su fuerza y la nación se gobierna ella misma en la plenitud completa de su derecho, todos estos errores del republicanismo francés han de traer un retroceso inevitable, como a tiempo no se corrijan, y sin herir ningún derecho, ni mermar ninguna libertad, ni detener ningún progreso, no se restablezca la fuerza y el vigor indispensable a todo pueblo libre, allí en las esferas altísimas de su gobernación y de su Estado. El ejemplo de lo sucedido en Francia enseña como puede aplicarse a los rojos y a los radicales aquella sabida sentencia de que para todo sirven las bayonetas en este picaresco mundo menos para sentarse en ellas. Para todo servirán los republicanos intransigentes y avanzados, menos para componer con ellos una legión que pueda servir de núcleo a una mayoría, la cual pueda servir de base a un gobierno. En la exajeración de sus principios creen los intransigentes que la realidad viva debe transformarse al calor del ideal por súbito milagro; y en la intransigencia de su carácter creen que todo gobierno es enemigo de toda sociedad, y al apoyarlo, se comete un crimen de lesa democracia, en vez de prestarse un servicio a la República y a la patria. Como no hubo mayoría republicana en las elecciones por culpa del gobierno y su silencio; tampoco habrá mayoría jamás en la Cámara mientras el gobierno y su jefe no se decidan por un programa concreto y por una política resuelta.

En todas partes, y por mil diversos modos, estallan varios síntomas, indicativos de malestar social y de perturbación pública. La seguridad general aparece, a cada paso, quebrantada por asechanzas, explicables en algo, si consideramos la profunda crisis económica, pero no en todo, pues verdadera coparticipación le toca en que puedan producirse y extenderse al malestar político. Un prefecto acaba de parecer, sorprendido en un tren expreso, que le conducía desde París a su prefectura, y cruelmente asesinado por varios criminales, a quienes la policía francesa no ha podido aun descubrir. Huelgas de mineros se han urdido en territorios carboníferos, como Decazeville, las cuales han comenzado por gritos y pedreas para concluir en verdaderos motines y dar de sí algún asesinato. Y aún hay más. Comienzan los poderes públicos a recelar de la fidelidad, que pueda tener a las instituciones republicanas fuerza tan grande como el ejército. Un general de guarnición se ha metido en dimes y diretes subversivos, escribiendo cartas al *Figaro*, como cualquier político militante, con dano gravísimo de la disciplina militar y riesgo del orden público. Los ministros para conjurar estos males, han tomado energéticas disposiciones; y a consecuencia de ellas han interrogado al ministro oradores monárquicos en la Cámara. Todas estas preguntas graves han armado un debate proceloso; y en este debate proceloso hanse dicho de una y otra parte con grande insistencia especies gravísimas. El ministro de la Guerra, interpretando con escrupulosa fidelidad el espíritu de la Constitución vigente hoy, ha dicho como estaba resuelto a no consentir en el ejercicio prerrogativas y preeminencias de nacimiento ignoradas por toda verdadera República, y la prometido con solemnidad volver por la defensa del orden legal vigente, siempre que lo amenazara el peor de los males públicos, la terrible indisciplina. Por su parte, y a su vez, el clero se ha indignado contra varias proposiciones del ministro de Gracia y Justicia, escribiendo protestas, entre las cuales ha descollado la del Prelado de Grenoble, quien rotundamente niega que los clérigos puedan llamarse verdaderos empleados, y toma su presupuesto como una mera indemnización a la venta de los bienes eclesiásticos, y declara el Concordato convenio público entre la Iglesia y el Estado, potencias independientes y autónomas. Nosotros creemos que toda esta descomposición de la política francesa depende hoy de crónica debilidad en el supremo gobierno. Maravillase uno al ver en los diarios ministeriales con toda seriedad escrito que vela el ministro de Comercio hasta las altas horas de la noche, circuido en su gabinete de los principales empleados; por que gasta y consume su tiempo, y se da el trabajo de tantas vigilias, buscando la solución del problema social, como pudiera buscar en sus retortas semi-fantásticas, entre animales cuasi mitológicos, y por medio de fórmulas cabalísticas, la producción artificial

del oro, cual reaparecido alquimista. Convenid en que no existe otro medio de volver al orden y concierto indispensables a las sociedades humanas que restaurar la política gubernamental y conservadora dentro de la República sin transacciones serviles con la intransigencia y con la utopía, que tanto han debilitado a los partidos oportunistas, faltos del vigor necesario para desafiar la impopularidad. El aquelarre de ideas llega hoy al extremo de sostener un publicista, como Ranc, en su diario, que no deben los heridos por tales experiencias y escarnimientos llamarse moderados, por que no suena bien al oído la moderación en política, sin pensar, cuan mal suenan las transacciones por puro apocamiento con aquellos principios y aquellos métodos reprobados con reprobación inapelable allá en el tribunal cuasi divino de la propia conciencia.

Las complacencias con los partidos radicales llevarían a la desorganización general muy lejos, y haríanla muy honda, si las proposiciones y teorías y leyes de éstos no se rindieran a su propia pesadumbre. Decretada la urgencia sobre los proyectos de amnistía, no se ha obrado luego congruentemente con esta primera determinación. El Comité, salido del seno de una Cámara, por sus ímpetus ciegos arrastrada precipitadamente a tal resolución, ha negado lo mismo que parecía ya resuelto. Vista semejante contradicción, un diputado ha puesto empeño en mostrar su tenacidad respecto del punto abandonado por sus compañeros, y ha salido renunciando en carta irrevocable su cargo y devolviendo a los electores su investidura. Este diputado es el célebre Rochefort. No hay para qué maravillarse. Al proceder así, ha procedido egoístamente. Por arraigada costumbre llama con sus gentilezas en la prensa sobre sus artículos una gran atención, imposible de recabar para sus discursos en la tribuna, por carecer del estro de orador. Y no se conforma quien mueve con su pluma en el ateniense pueblo de París los labios a risa con perderse y confundirse, allá, en el coro anónimo de las lenguas vulgares reducidas a pronunciar un sí o un no en las votaciones comunes. Al dejar el Parlamento, evita un desengaño a los suyos y rehace lo posible su quebrantada popularidad. Mas, en este Congreso, no sale de un laberinto la mayoría sino para meterse, por desgracia, en otro laberinto de no menos dificultosa salida. Discutíase un proyecto de ley, proponiendo la enajenación de las alhajas pertenecientes al patrimonio de la corona, y como Lanjumeau, un realista supersticioso, dijera que debían reservarse para el nuevo rey, en vista de lo muy agonizante que la maltrata República se halla, gritaron como energúmenos los diputados de la extrema izquierda, y se fueron contra su enemigo, por esos hábitos jacobinistas inalterables en Francia, la censura inmediata y la exclusión temporal. ¿Qué fina epidermis tienen los más exagerados defensores de la libertad en Francia! Si un diputado monárquico no puede hoy en una Cámara democrática decir eso, ¿qué podrá decir un diputado democrata en una Cámara monárquica? Pues todos los diputados republicanos españoles han dicho proposiciones más graves sobre la monarquía que la dicha y aservada por el diputado francés sobre la República sin haber encontrado a su omnino la libertad otro límite que respetuosas advertencias del presidente y rumores a lo sumo, pero rumores apenas perceptibles, y no llegados a interrupción jamás. Empeñáronse los rojos en que había de censurarse al diputado, y defendió el presidente contra sus tumultuosas protestas el honor y el derecho de la tribuna francesa. Pero heridos, no encontraron otro medio de vengarse, que presentar una proposición pidiendo el destierro de los principes varios, pertenecientes a las familias reales o imperiales de Francia. Este nuevo proyecto ha traído nuevas agitaciones y ha encrespado mucho los ánimos. Efectivamente, resulta una gran anomalía la presencia de aspirantes a la corona en el territorio de una República, no muy limpia de supersticiones, supervivientes a la rota y desaparición del poder monárquico. Pero si alguna vez debe acudir a remediarla no ha de ser ciertamente porque a un diputado monárquico se le ocurra predicar la muerte de nuestras instituciones de libertad y su reemplazo por las instituciones de privilegio. En esto le damos la razón por completo a Freycinet. Solo el gobierno, conociendo y apreciando por sí la política nacional e internacional, puede tener la iniciativa madura y tomar la responsabilidad completa en acto de tal monta. Y esto enseña una vez más cómo el gobierno debe arrogarse la dirección del Parlamento, cual hacen todos los gobiernos en todos los pueblos parlamentarios del mundo, pues no haciéndolo así, corre un peligro muy pavoroso, el que se anule aquella unidad de pensamiento y de acción indispensable a todo Estado, y se caiga en la terrible anarquía consiguiente a que toma las facultades del ejecutivo el legislativo, o las facultades del legislativo el ejecutivo, lo cual equivale a si tomara en nuestro cuerpo el ministerio de su hígado el corazón, y el ministerio de su corazón el hígado. Se funda la paz en el cumplimiento de todas las leyes sin excepción y en el concierto y armonía de todos los poderes por sus órbitas diversas, naciendo así de todo esto el orden, y sus indispensables armonías.

Por una serie larga de verdaderos expedientes, ha salido el ministerio de las dificultades

que sus partidarios le han suscitado, entrando en días mas serenos y tranquilos. Ha desconcertado a los temerarios patrocinadores de una gran amnistía y ha desconcertado a los oportunos capaces de levantar a deshora problema tan intrincado como la expulsión de los principes. Mas, no viven los gobiernos para consumir su tiempo en desejar los lazos tejidos por sus partidarios. Cuando concentran su atención en tal obra, gastan autoridad y no adquieren fuerza. Se necesita mucha energía para dar de mano a los programas que dividen a los partidos republicanos, y absorberse, con exclusión de cualquier otro pensamiento, en aquellos programas que los confunden. Los partidos no deben solo mirar a sus propios intereses, así cuando se hallan en la oposición radical, como cuando se hallan en la gobernación pública. Identifiquen los republicanos el gobierno con Francia, ya que han tenido la fortuna de hallarse frente a partidos realistas inhabilitados para identificar a Francia con su oposición. Porque todos los franceses monárquicos y republicanos, deben hallarse persuadidos íntimamente de que la República no perecerá en Francia. Estas obras del tiempo se parecen por su solidez a las obras de la Naturaleza. Estas soluciones, que perdidas por la inespertencia o traicionadas por la superstición vuelven a renacer hasta tres veces solo en un siglo, es porque se hallan en el fondo de la conciencia universal y se corresponden con el humano espíritu, sobre todo, en determinadas edades y circunstancias. Las personas importan mucho en el gobierno personal de las monarquías; pero poco, muy poco, en el gobierno impersonal de la República. Pueden muy bien desacreditarse los partidos republicanos y sostenerse la forma que han implantado en la viva realidad. Pero conviene que sociedad, Estado, gobierno, se armonicen, y contribuyan todos a fortalecer el organismo del derecho moderno constitucional, es, a saber, la República democrática. La victoria coronará tan heroico esfuerzo, si preside a él una consumada prudencia.

CRÓNICA EXTRANJERA.

LA CRISIS DE ORIENTE.

Próximo a terminar el plazo del armisticio pactado entre Serbia y Bulgaria, las miradas de los hombres políticos se dirigen nuevamente del lado de aquellos países, para averiguar si la paz se firma por último, o si se van a comenzar otra vez las hostilidades.

Los más contradictorios rumores corren por Europa: mientras los corresponsales del *Times* en Viena que suelen estar bien informados, así de lo que piensa el gobierno austriaco como de lo que piensa el gobierno serbio, afirman rotundamente que las condiciones de paz están ya convenidas, llegan por otro conducto hasta nosotros noticias alarmantes, según las cuales el problema de Oriente se volverá a presentar con mucha más gravedad que antes en el momento mismo en que espire la tregua convenida.

¿Quién tiene razón? No es fácil saberlo. La cuestión es de suyo tan complicada por la ambición de los pequeños pueblos de los Balcanes y por la lucha sorda que entre sí mantienen las grandes potencias, que el menor pretexto puede ser el motivo de una nueva y grave conflagración.

El rey Milán de Serbia no se resigna a la condición de vencido: durante estos últimos tiempos ha hecho cuanto ha estado en su mano para levantar el espíritu de su pueblo y de sus tropas, y los armamentos han continuado como si fuera a comenzar la lucha inmediatamente. El telégrafo nos dice que las reservas acaban de ser llamadas, que los jefes de estado mayor se han incorporado a sus respectivas divisiones, que han sido ocupados los caminos principales que conducen a Bulgaria, y que el rey en persona está pronto a abandonar la residencia de la capital para trasladarse en seguida a Nisch.

Por otra parte los agentes diplomáticos no han permanecido ociosos, diciéndose con grandes visos de verosimilitud que está pactada y convenida una alianza ofensiva y defensiva entre los reinos de Serbia y de Grecia.

En cuanto a las noticias que se reciben de Bulgaria acusan igual temperatura belicosa: el príncipe Alejandro que licenció temporalmente sus tropas las ha llamado a los cuadros con la mayor premura, disponiendo que grandes fuerzas defendan las fronteras del principado. El acaudalado príncipe ha recogido los frutos de su campaña: la unión de la Rumania a la Bulgaria ha sido aceptada por la Puerta con las condiciones que dimos a conocer días pasados. Falta solo la sanción de las grandes potencias para que el hecho quede definitivamente consumado. Pero como en estas cosas de Oriente lo inesperado es factor esencial, resulta ahora que el consentimiento de Europa no es tan fácil de conseguir como en un principio se creyó, porque Rusia, la enemiga declarada del príncipe insurrecto, a quien ha perseguido con toda suerte de menosprecios, va más allá que el resto de Europa, pidiendo que la unión de Bulgaria y Rumania no sea solo personal, sino real y efectiva, tornándose así de enemiga declarada de aquellos pueblos en su protectora más entusiasta.

Si la corte de San Petersburgo se opone a la aprobación del convenio hecho entre el príncipe

(1) Véanse los números donde se han publicado los tres anteriores.





